

La transfiguración - Marcos 9:1-13

(Mr 9:1-13) “También les dijo: De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder. Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados. Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo. Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos. Y guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos. Y le preguntaron, diciendo: ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo él, les dijo: Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas; ¿y cómo está escrito del Hijo del Hombre, que padezca mucho y sea tenido en nada? Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él.”

¿Cuál era el propósito de la transfiguración?

En el pasaje anterior, Jesús dijo a sus discípulos que se disponía a tomar el camino del sufrimiento y la muerte, como el único medio posible para establecer el reino de Dios en un mundo pecador. También les invitó a seguirle, aunque deberían tener en cuenta que ellos mismos tendrían que perder su vida, si querían salvarla para ese reino. Ahora, en esta nueva ocasión, Jesús compensa la dureza de sus palabras mostrándoles un adelanto de la gloria de su Reino. Al mismo tiempo, el recuerdo de esta manifestación de su majestad, serviría para compensar de alguna manera, el momento en que lo vieran en completa humillación sobre una cruz.

Además, Cristo quería convencerles también de la existencia de otro mundo tan real y auténtico como el que nosotros habitamos. Ellos debían estar plenamente conscientes de que nuestro mundo no es el único que existe. Y no sólo eso, también debían saber que no se trataba de un mundo futuro en relación con el nuestro, sino que es un mundo que existe al mismo tiempo que el nuestro y más allá de él. Y aunque normalmente es invisible para nosotros, el Señor estaba en contacto con los dos. En esta ocasión, Cristo se lo mostró también a ellos, dejándoles claro que el paso del tiempo y el cambio de las cosas, no afectan a ese mundo como al nuestro. Por ejemplo, vemos que Jesús apareció junto a Moisés y Elías. En nuestro mundo, estos dos profetas vivieron en épocas diferentes, separados entre sí por siglos, pero sin embargo, en ese otro mundo están juntos.

Pero había algo más que el Señor pretendía conseguir con esta manifestación de su gloria. Recordemos que en el pasaje anterior, el Señor les había dicho que el reino no había de ser establecido en la tierra hasta su segunda venida, entonces surgía la duda razonable de si ellos mismos podrían llegar a participar en él, o ya habrían muerto para ese momento. En ese caso, ¿qué sentido tendría tomar su cruz, tal como les proponía Jesús, si tal vez nunca llegarían a disfrutar de ese reino? ¿Qué sentido tendría una vida

de sufrimiento y abnegación, si cuando llegara el reino prometido, ellos ya estaban muertos? Así que Cristo se proponía fortalecer la fe de sus apóstoles, y también de todos los creyentes de generaciones posteriores, por medio de esta manifestación. Para ello, es interesante que notemos que Jesús no apareció solo, sino que estaba acompañado por Moisés y Elías. Estos dos profetas habían partido de este mundo hacía siglos, uno de ellos porque murió, y el otro porque fue arrebatado al cielo, pero sin embargo, ninguno de los dos había perdido por eso la oportunidad de participar del Reino glorioso de Cristo. Allí estaban los dos acompañando al Señor en su gloria.

Y por último, otra cosa de lo que les convenció la transfiguración, fue de la absoluta certeza de la segunda venida de Cristo. Pedro mismo, en su segunda carta, vuelve a recordar el momento en que estuvieron en el monte de la transfiguración, y cómo esto les convenció de que el Jesús crucificado volvería un día en gloria. Veamos cómo lo expresa: **(2 P 1:16-18)** *“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo”*. Por supuesto, Pedro recibió una fuerte impresión al ver el rostro de Cristo transfigurado y su ropa transformada, pero según nos dice, lo que más le impactó, fue la declaración del Padre: *“Este es mi Hijo amado, a él oíd”*. Recordamos que seis días antes, Pedro había reprendido a Jesús cuando les habló de sus sufrimientos y muerte en Jerusalén. Para él, todo aquello no podía formar parte de los planes de Dios, pero estando en el monte, la voz del Padre fue clara y contundente, mostrando su completa complacencia con la obra que el Hijo estaba llevando a cabo. Esto le llevó a la plena convicción de que lo que Jesús les había anunciado anteriormente, era el plan de Dios para el establecimiento de su reino en esta tierra, y que por lo tanto, Cristo no sólo moriría y resucitaría, sino que también vendría con la gloria y honra de su Padre, que Pedro alcanzó a ver en el monte de la transfiguración.

“Algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder”

Mucho se ha debatido a qué se refería Jesús con estas palabras. Para entenderlas correctamente, debemos recordar algunas cosas importantes.

El Reino de Dios no comenzará a existir sólo cuando venga a la tierra. Como ya hemos dicho anteriormente, existe ya en el otro mundo. De hecho, Moisés y Elías ya están *“viendo el reino de Dios”*.

Es cierto, sin embargo, que mientras que el Reino no venga a este mundo en su manifestación abierta, la manera normal por la que un ser humano puede verlo, es por medio de la muerte, tal como le ocurrió a Moisés, o por ser traspuesto, como Elías.

Por lo tanto, lo que tenía de extraordinario la promesa de Jesús, es que alguien pudiera ver el reino tal como es ahora, antes de que abandone este mundo por medio de la muerte. Notemos cuáles fueron las palabras exactas de Jesús: *“Algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder”*. Es decir, les estaba diciendo que algunos de ellos verían el reino de Dios antes de morir. Y esto fue precisamente lo que ocurrió seis días después cuando Jesús se transfiguró delante de tres de sus discípulos y les aparecieron también Moisés y Elías en la gloria.

¿En qué consistirá el Reino de Dios en poder? Vemos que Cristo se mostrará en toda su gloria y majestad. Y que los creyentes muertos de todas las épocas, resucitarán para reunirse con él en gloria (como Moisés y Elías).

Otros hermanos interpretan este anuncio del Señor como una referencia a su segunda venida, pero eso todavía no ha ocurrido, por lo tanto, ninguno de aquellos discípulos pudieron verlo antes de morir. Otros ven su cumplimiento en la rápida extensión del evangelio por todo el mundo después de la muerte y resurrección del Señor, y esto sí que fue visto por algunos de los apóstoles, pero hay que observar, que tampoco podemos ver en ello las características esenciales del Reino: Jesús glorificado en este mundo y sus discípulos resucitados en gloria con él.

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte”

¿Por qué el Señor escogió sólo a tres de sus discípulos para esta ocasión?

Lo primero que notamos, es que también escogió a estos tres mismos discípulos cuando llevó a cabo la resurrección de la hija de Jairo (**Mr 5:35-42**), y también cuando se apartó a orar en el huerto de Getsemaní (**Mr 14:32-33**). Podemos decir por lo tanto, que fueron testigos del glorioso poder de Cristo para resucitar muertos, y también de sus momentos de mayor angustia y dolor. Sin duda, el Señor los estaba preparando para una obra especial.

Pero quizá la razón fundamental por la que escogió a tres discípulos tenía que ver con el carácter “oficial” que quería dar a esta manifestación de su gloria. Para este fin, la ley de Moisés requería dos o tres testigos (**Dt 19:15**).

“Y se transfiguró delante de ellos”

La transfiguración consistió en manifestar la verdadera naturaleza del Dios-Hombre, retirando el velo que normalmente ocultaba su gloria. Por unos instantes, dejó traslucir aquella majestad y gloria que le eran propias.

Desde este punto de vista, lo realmente milagroso no fue la transfiguración, sino el hecho de velar su gloria durante su ministerio terrenal entre los hombres, para que su obra fuese posible.

“Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús”

La escena se nos presenta con total naturalidad, pero aun así, no deja de sorprendernos: ¡Moisés y Elías hablando con toda confianza con el mismo Hijo de Dios! Esto nos proporciona algo de luz sobre lo que será la comunión celestial con el Señor.

También nos sirve para ver la gloria que Dios tiene reservada para aquellos que le han servido. El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: (**Col 3:4**) *“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”*. Y el apóstol Juan también corroboró esta misma verdad: (**1 Jn 3:2**) *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”*.

Puede que en este mundo seamos menospreciados, perseguidos y despreciados, pero todo esto cambiará cuando el Señor se manifieste en su gloria. Todos recordamos la

cantidad de críticas que recibió Moisés durante su ministerio, o cómo Elías tuvo que permanecer escondido por mucho tiempo huyendo de la impía Jezabel, pero sin embargo, ahora están en la gloria acompañando al Señor.

¿Por qué de todos los personajes del Antiguo Testamento, el Señor escogió a Moisés y Elías para este momento especial?

Por un lado, debemos recordar que la Ley fue dada a Israel por medio de Moisés, y que Elías era un buen representante de los profetas de la antigüedad. Desde este punto de vista, podemos decir que la obra que Cristo se disponía a realizar en la cruz, y que tan poco había agradado a los discípulos cuando se la anunció, era el cumplimiento de todo lo que con anterioridad se había anunciado por la ley y los profetas (**Lc 24:25-27**).

Pero por otro lado, Moisés y Elías representaban también dos formas diferentes de entrar en el reino de los cielos. Moisés lo hizo por medio de la muerte (**Dt 34:5**), mientras que Elías fue llevado al cielo sin tener que morir (**2 R 2:11**). Y en la actualidad, muchos creyentes están entrando en la gloria por medio de la muerte, aunque otros muchos tenemos la esperanza de ser arrebatados por el Señor en su venida y no tener que gustar la muerte (**1 Ts 4:16-17**).

“Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas”

Es probable que en todo el Nuevo Testamento, no encontremos otra personalidad tan bien caracterizada como la de Pedro. Siempre impulsivo e irreflexivo, dejándose llevar por lo que sentía en cada momento.

Pero si bien es evidente que Pedro no pensó lo que decía, por otro lado, podemos hacernos eco de su alegría y gozo: *“¡Qué bueno es estar aquí!”*. Todos los creyentes sentimos la misma emoción cuando pensamos en el momento en que por fin estemos con el Señor en su gloria. Nosotros también diremos *“¡qué bueno es estar aquí!”*, y ninguno deseará moverse de allí.

Pero sin embargo, ese momento todavía no había llegado para los discípulos, y una vez más, manifestaban que no habían entendido la necesidad de la Cruz. Además, en medio de tanta emoción, se había olvidado de los demás discípulos que no estaban con ellos en el monte.

“Vino una nube, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd”

En el Antiguo Testamento la presencia de Dios se relacionaba frecuentemente con una nube. Moisés recibió la Ley sobre un monte que fue cubierto por la nube de la gloria de Dios (**Ex 24:12-18**). Fue en una nube como Dios vino al Tabernáculo y lo llenó con su gloria (**Ex 40:34**). Los sacerdotes sabían de la presencia de Dios en el tabernáculo porque se aparecía en una nube sobre él (**Lv 16:2**). Cuando Salomón llevó el arca al templo que había construido, nuevamente una nube llenó la casa de Jehová (**1 R 8:10**).

Pero en medio de esta escena tan gloriosa, lo que se subraya es la declaración del Padre: *“Este es mi Hijo amado; a él oíd”*. Los grandes representantes de la Ley y de los profetas del Antiguo Testamento, habían tenido un ministerio preparatorio que se cumplió con la venida del Hijo. Una vez que Cristo ya estaba presente, todos los hombres debían escucharle a él. Con esto coincide también el autor de Hebreos: (**He 1:1-2**) *“Dios,*

habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo". Como alguien ha dicho, las estrellas desaparecen cuando sale el sol: **(Mal 4:2)** *"Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia"*.

Pero el Padre no sólo estaba anunciando el clímax de su revelación en Cristo, también estaba manifestando su completa aprobación de la Obra que el Hijo se disponía a realizar en la Cruz. Esto tuvo que ser muy importante para los discípulos, que días antes se opusieron a que Cristo tomara ese camino.

Inmediatamente, Moisés y Elías desaparecieron, dejando sólo a Jesús. De alguna manera, tanto el legislador como el profeta, cedían el lugar principal a Cristo, porque a pesar de toda su eminencia, no eran más que hombres. Sólo Cristo podía llevar a cabo la redención del mundo.

"Les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado"

Nuevamente Jesús mandó a sus discípulos que guardasen silencio sobre su transfiguración, de la misma forma que antes les había mandado que no dijese a nadie que él era el Cristo **(Mr 8:29-30)**. Sin embargo, aquí se matiza que esta prohibición era temporal, y había de durar hasta que *"el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos"*.

Pero ¿por qué no podían anunciarlo hasta después de la resurrección? Fundamentalmente, porque la muerte y resurrección de Cristo, les darían las claves para entender correctamente su Persona y su Obra en este mundo.

"Discutían qué sería aquello de resucitar de los muertos"

Los discípulos no aceptaban la muerte del Señor, y por lo tanto, tampoco lograban entender lo relacionado con su resurrección. Para ellos era un concepto extraño. Aunque por supuesto creían en la resurrección de los muertos, pensaban en ella en términos generales, como Marta: **(Jn 11:24)** *"la resurrección en el día postrero"*.

"¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?"

Pero había otra cosa más que no cuadraba en la mente de los discípulos: los escribas, y la propia Escritura **(Mal 4:5)**, anunciaban la venida del profeta Elías antes del día de Jehová. Ellos acababan de verle en el monte de la transfiguración, pero en lugar de quedarse para preparar la venida del Mesías, había desaparecido junto con Moisés. Además, si Jesús era el Cristo, ¿cómo era entonces que Elías no había venido antes? Así que tal vez, lo que querían preguntar a Jesús era si debían asociar la presencia de Elías en el monte de la transfiguración con el cumplimiento de la profecía.

En su respuesta, Jesús aceptó como correcta la interpretación que los escribas hacían de la Escritura, cuando afirmaban que Elías debía venir primero: *"Respondiendo él, les dijo: Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas"*.

Pero esto trajo nuevas preguntas a las mentes de los discípulos: Si Elías había de restaurar todas las cosas antes de la venida del Mesías, ¿por qué entonces tendría que sufrir y morir? La respuesta de Jesús resulta un tanto ambigua. Por un lado dice que *“Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas”*, colocando su labor en un tiempo futuro. Pero a continuación dice que *“Elías ya vino”*, como si se tratara de un hecho ya acontecido. Para entender correctamente la respuesta de Jesús, hemos de recordar que muchas de las profecías del Antiguo Testamento tienen un doble cumplimiento. Según esto, la profecía de Malaquías encontró un cumplimiento anticipado y parcial en la persona y obra de Juan el Bautista, quien vino *“con el espíritu y el poder de Elías”* para preparar el camino del Mesías (**Lc 1:17**). Jesús mismo confirmó este punto: (**Mt 11:14**) *“Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir”*. Y así lo entendieron finalmente los discípulos: (**Mt 17:12-13**) *“Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista”*. Pero queda todavía su cumplimiento más pleno, y en ese sentido, es probable que debemos identificar a Elías como uno de los testigos cuya obra, bajo el reinado del Anticristo, se describe en (**Ap 11:3-13**).

Pero aunque Jesús estaba de acuerdo con el hecho de que Elías había de venir primero, sin embargo, no lo estaba en la interpretación que los escribas, y los propios discípulos, hacían de su labor. Para ellos, Elías surgiría en la historia trayendo una victoria arrolladora del cielo que daría el poder a Israel. Pero la realidad era otra muy diferente: *“Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él”*. Con esto, Jesús se estaba refiriendo al encarcelamiento y muerte de Juan el Bautista a manos de Herodes. Es evidente que todas las ideas y nociones preconcebidas de los discípulos estaban equivocadas. De hecho, Jesús estaba tratando de llevarlos a ver que no sólo el heraldo había sido matado cruelmente, sino que el mismo Mesías había de acabar en una cruz. La muerte de Juan el Bautista, era una muestra de lo que le harían al Hijo del Hombre. Rechazaron al heraldo, acabarían rechazando al Rey.

Preguntas

1. Explique con sus propias palabras cuál era el propósito de la transfiguración.
2. ¿A qué se refería Jesús cuando anunció que algunos de los que estaban allí no verían la muerte hasta que hubieran visto el reino de Dios venido con poder? Razone su respuesta.
3. ¿Qué características del Reino de Dios aprendemos en este pasaje?
4. ¿Por qué cree que Jesús escogió a Moisés y Elías para estar con él en el monte de la transfiguración? ¿Qué aprendemos del hecho de que finalmente desaparecieron dejando a Jesús solo?
5. ¿Cómo se cumple la profecía de Malaquías que decía que Elías había de venir antes que el Mesías preparando su camino?